





La raíz es el hombre
Radicales contra progresistas

DWIGHT MACDONALD

Primera edición: *Febrero 2017*
Esta edición consta de: *700 ejemplares*

© *Nicholas Macdonald*

Título: *La raíz es el hombre*
Subtítulo: *Radicales contra progresistas*
Título original: *The Root is Man*
Autor: *Dwight Macdonald*
Traducción: *Salvador Cobo*
Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*
Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*
Impreso por: *Kadmos*
ISBN: *978-84-943217-7-1*
Depósito legal: *M-5224-2017*
Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Índice

<i>Dwight Macdonald, Czesław Miłosz</i>	9
<i>Nota a la edición española, Salvador Cobo</i>	25
<i>La raíz es el hombre</i>	35
El plan y propósito de este ensayo.....	40
Primera parte	
EL MARXISMO ESTÁ OBSOLETO.....	45
I. <i>Necesitamos un nuevo vocabulario político</i>	47
II. <i>El mundo en el que vivimos</i>	55
1. El mundo visto por un marxista.....	56
2. El mundo tal como es.....	59
3. La escalera del Progreso no conduce a ninguna parte.....	61
4. «Derecha» e «izquierda» en las dos guerras mundiales.....	67
III. <i>Cuestionar el marxismo</i>	73
1. La ambigüedad del marxismo	74
2. ¿Qué quería Marx?	75
3. ¿Qué preveía Marx?	76
4. ¿Qué está ocurriendo en realidad?.....	78
5. La roca que resultó ser arena	80

IV. <i>El milagro de la revolución proletaria</i>	83
1. Economía: los sindicatos	84
2. Política: los partidos	87
3. Nuestra experiencia en Estados Unidos	88
v. <i>El colectivismo burocrático: la «tercera vía»</i>	95
1. ¿Qué es el capitalismo?	97
2. Las mercancías pierden su misterio	99
3. Las cadenas del trabajo se vuelven visibles.....	101
4. La naturaleza de la Unión Soviética.....	104
VI. <i>Guerra moderna y lucha de clases</i>	109
1. La concepción marxista de la guerra está superada	110
2. Economía: «Más trabajo, mejor pagado»	116
3. Política: El dominio de la política exterior	120
Segunda parte	
HACIA UN NUEVO RADICALISMO	125
<i>Algunas definiciones</i>	128
I. <i>Método científico y juicio de valor</i>	133
1. Los límites del método científico	135
2. ¿Es posible una ética fundada en la ciencia?	137
3. Entonces, ¿en qué podemos fundar nuestros valores?.....	140
4. Devolver la ciencia a su lugar	145
II. <i>El marxismo y los valores: tres textos comentados</i>	149
1. <i>Ludwig Feuerbach y el fin</i> <i>de la filosofía clásica alemana</i> , Friedrich Engels	149
2. <i>El capital</i> , Karl Marx	151

3. <i>El manifiesto comunista</i> , Karl Marx y Friedrich Engels	152
III. <i>La idea de Progreso</i>	159
1. Los profetas ancestrales del Progreso	161
2. La metafísica del Progreso	168
3. La bomba atómica, o el fin a la vista	173
4. Digresión sobre Marx y Homero.....	175
IV. <i>Se busca: un nuevo concepto de acción política</i>	181
V. <i>Cinco características de un radical</i>	195
1. Lo positivo de decir «no»	196
2. El realismo de no ser realista.....	197
3. Las virtudes de la moderación	201
4. Contra el fetichismo de las masas.....	204
5. Cuidado de sí, o la raíz es el hombre	207
APÉNDICES	213
I. <i>¿Es el proletariado una clase revolucionaria?</i>	215
II. <i>El enemigo principal está en Moscú</i>	223
Estados Unidos vs. Unión Soviética.....	225
«Yo elijo Occidente».....	229
III. <i>Autoentrevista: la crisis de Berlín</i>	235

I

Necesitamos un nuevo vocabulario político

La primera gran victoria del colectivismo burocrático se remonta a 1928, cuando Stalin finalmente forzó a Trotski al exilio y empezó a preparar el primer Plan Quinquenal, que comenzaría el año siguiente. Entre la Revolución Francesa de 1789 y el año 1928, los términos «derecha» e «izquierda» permitían describir el paisaje político de forma apropiada. Pero los términos de la lucha por la liberación del ser humano cambiaron en 1928 —cambio que se había estado gestando desde mucho antes, por supuesto, pero 1928 podría considerarse perfectamente como un punto de inflexión. La incapacidad de Trotski para comprenderlo dio un carácter cada vez más irreal a su tratamiento de la «cuestión rusa»; del mismo modo que la interminable ceguera de liberales y socialistas ante este cambio explica el carácter desfasado —en el mejor de los casos— de sus puntos de vista políticos actuales.

Permítanme que trate de definir la «izquierda» y la «derecha» del periodo 1789-1928.

La izquierda comprendía a todos aquellos que buscaban un cambio en las instituciones sociales que volvería más igualitaria (o totalmente igualitaria) la redistribución de la riqueza y que reduciría los privilegios de clase (o que aboliría las clases). El concepto intelectual central era la validez del método científico; el concepto moral central era la dignidad del Ser Humano y el derecho individual a la libertad y al pleno desarrollo personal. La sociedad se concebía, por tanto, como un medio para un fin: la felicidad de los individuos. Existían importantes diferencias en cuanto al método (reforma vs. revolución, liberalismo vs. lucha de clases) pero respecto a los principios existía bastante consenso.

La derecha estaba formada por aquellos que, o bien estaban satisfechos con el *statu quo* (conservadores), o bien querían que éste fuera menos igualitario (reaccionarios). En nombre de la autoridad, la derecha se resistía al cambio, y en nombre de la Tradición también se oponía, lógicamente, a lo que se había convertido en el vector cultural del cambio: la voluntad, compartida por Bentham, Marx, Jefferson o Kropotkin, de llevar la investigación científica hasta sus últimas consecuencias y reconstruir las instituciones de acuerdo a ella. Los que se encontraban en la derecha veían la sociedad como un todo «orgánico», en el que la sociedad era el fin y los ciudadanos el medio. Justificaban las desigualdades de la renta y de los privilegios alegando una desigualdad intrínseca en los individuos, tanto en sus capacidades como en su valor humano.

Esta línea divisoria general se ha vuelto cada vez más nebulosa con el auge del nazismo y el estalinismo, que mezclan elementos de la izquierda y la derecha de un modo desconcertante. O, por decirlo de otra manera, tanto la vieja derecha como la

vieja izquierda prácticamente han dejado de existir como realidades históricas, y se pueden encontrar elementos de ambas en la tendencia política predominante en el mundo contemporáneo: una sociedad desigual y orgánica en la que los ciudadanos son el medio, y no el fin, y cuyos dirigentes rechazan la tradición en beneficio del método científico. El cambio se acepta de forma incondicional —de hecho, los aspectos desagradables del presente se justifican precisamente como el precio que hay que pagar para garantizar un futuro deseable, ya se trate del sojuzgamiento de razas inferiores por parte de Hitler, de la emancipación de la clase trabajadora mundial de Stalin, o del pacífico mundo del futuro que, según nuestros liberales, alcanzaremos a través de la guerra. La idea de proceso histórico, que hace un siglo era el distintivo de la izquierda, se ha convertido en el argumento más contundente de los apologistas del *statu quo*.

En este híbrido izquierda-derecha, la noción de Progreso es central. Por tanto, sería más preciso reservar el término «derecha» para conservadores trasnochados como Herbert Hoover y Winston Churchill, y desechar por completo el término «izquierda» para reemplazarlo con dos palabras: «progresistas» y «radicales».

Por «progresista» se entendería a aquellos que conciben el presente como una etapa del camino hacia un futuro mejor; aquellos cuya reflexión parte del proceso histórico, y no de los valores morales; aquellos que creen que el principal problema del mundo se debe a la falta de conocimiento científico, así como al fracaso para aplicar a los asuntos humanos dicho conocimiento; y que, por encima de todo, consideran que el aumento del dominio del hombre sobre la naturaleza es algo bueno en sí mismo, y su uso para fines negativos, como la bomba atómica, una perversión. Esta definición abarca bastante bien el grueso de lo que aún sigue llamándose izquierda, desde los comunistas

(los «estalinistas») pasando por grupos reformistas como nuestros partidarios del *New Deal*, los laboristas británicos y los socialistas europeos, hasta pequeñas formaciones revolucionarias como las trotskistas¹.

«Radical» se aplicaría a los (por el momento) escasos individuos —en su mayoría anarquistas, objetores de conciencia y marxistas renegados como yo— que rechazan el concepto de Progreso, que juzgan los hechos por su significado y su efecto en el presente, que consideran que se ha sobrestimado la capacidad de la ciencia para guiar los asuntos humanos y que, por tanto, compensan la balanza poniendo el énfasis en el aspecto ético de la política. Ellos, o más bien nosotros, creemos que sigue abierta la cuestión de saber si el aumento del control del hombre sobre la Naturaleza, teniendo en cuenta el impacto que ha tenido hasta ahora en nuestras vidas, ha sido positivo. Somos partidarios de adaptar la tecnología al ser humano, incluso si ello significara —como tal vez sea el caso— una regresión tecnológica, en lugar de adaptar el ser humano a la tecnología. Desde luego, nosotros no «rechazamos» el método científico, como se nos reprocha a menudo; simplemente pensamos que el radio de acción dentro del cual puede producir resultados fructíferos es más estrecho de lo que se suele dar por sentado hoy en día. Y sentimos que el terreno más firme desde el que luchar por esa liberación de la humanidad que constituía la meta de la vieja izquierda es el terreno no de la Historia sino de aquellos valores

1. No estoy queriendo decir que no existan importantes diferencias entre estas tendencias. De hecho, deberíamos reservar a los estalinistas un lugar aparte, en la medida en que su progresismo se caracteriza por una entrega total al proceso histórico, de forma que vale absolutamente todo, siempre que sirva a los intereses de Rusia, para esa forma de sociedad «superior». El resto de tendencias, aunque pongan más énfasis en el proceso histórico del que es compatible con los valores que profesan, sí permanecen fieles a ciertos principios generales y reconocen ciertos límites éticos. [Nota de 1946]

no-históricos (verdad, justicia, amor, etc.), que Marx volvió tan poco populares entre los socialistas.

El progresista hace de la Historia el centro de su ideología. El radical pone ahí al Ser Humano. La actitud del progresista es optimista tanto sobre la naturaleza humana (que, en lo fundamental, él considera buena, y por tanto lo único que se necesitaría para dar a su bondad una oportunidad de realizarse es transformar las instituciones), como sobre la posibilidad de comprender la historia a través del método científico. El radical es, si no exactamente pesimista, al menos sí más sensible a la naturaleza ambivalente del ser humano; para él, el mal y el bien coexisten en lo más profundo de la naturaleza humana; es escéptico respecto a la capacidad de la ciencia para explicar las cosas más allá de cierto punto; es consciente de la dimensión trágica de la existencia del hombre, no solamente en nuestra época, sino en cualquier tipo de sociedad concebible. El progresista piensa en términos colectivos (los intereses de la sociedad o de la clase obrera); el radical pone el énfasis en la conciencia y la sensibilidad individual. El progresista parte de lo realmente existente; el radical parte de lo que él quiere que suceda. El primero tiene necesidad de sentir que la Historia está «de su parte». El segundo sigue el camino que le marca su propia conciencia individual. Si la Historia ha tomado el mismo camino, se alegra; pero muestra una tendencia muy obstinada en perseguir «lo que debería ser» y no «lo que ya hay».

Como su enfoque trágico, ético y no-científico corresponde en cierta medida a algunos rasgos de la vieja derecha —lo que lleva al radical a criticar la doctrina progresista en términos muy parecidos a los de la derecha—, su punto de vista provoca hoy en día bastante confusión. A veces se le tacha de «objetivamente reaccionario». Sin embargo, no resultaría muy difícil constatar los peculiares compañeros de viaje de los que disfrutaban en

la actualidad los progresistas, sobre todo los estalinistas. En realidad, tanto la postura radical como la progresista, tal y como se las ha definido aquí, trascienden la antigua línea divisoria izquierda-derecha, y si se continúa contemplándolas a partir de la división clásica, ambas resultan confusas e, incluso, «objetivamente reaccionarias».

Otra cosa que suelen alegar los progresistas, sobre todo los marxistas, es que el punto de vista radical, tal y como suele plasmarse en las páginas de *politics*, es necesariamente religioso. Si por «religioso» simplemente se entiende que nuestro punto de vista no es materialista ni científico, entonces es cierto. Pero si implica a un Dios o algún tipo de realidad suprasensible, entonces no creo que sea el caso. El punto de vista radical es, desde luego, *compatible* con la religión, no así el progresista; y algunos radicales como D. S. Savage y Will Herberg² albergan creencias religiosas; sin embargo yo, por mi parte, no veo una conexión necesaria entre las dos cosas, ni siento un interés particular en la religión.

Puedo añadir que la perspectiva radical, al menos tal como yo la entiendo, no niega la importancia y la validez de la ciencia en su propia esfera, ni la de los estudios históricos, sociológicos y económicos. Tampoco afirma que la única realidad sea la del individuo y su conciencia. Más bien, delimita una esfera que está fuera del alcance de la investigación científica, y cuyo juicio de valor no puede probarse (aunque podría demostrarse con los argumentos adecuados, si bien completamente no científicos): se trata de la esfera tradicional del arte y de la

2. Derek Stanley Savage (1917-2007), poeta y crítico literario, activo en círculos de la izquierda norteamericana, desde muy pronto defendió tesis pacifistas desde su fe cristiana, convirtiéndose en objeto de conciencia durante la II Guerra Mundial y liderando la Hermandad Anglicana Pacifista. Will Herberg (1901-1977) fue un intelectual y sociólogo judío, especialista en sociología de las religiones. Militó en el Partido Comunista y en otros grupos izquierdistas durante los años 30 y 40. (*N. del T.*)

moral. El radical ve que cualquier movimiento que, como el socialismo, persiga un tipo de sociedad éticamente superior debe enraizarse en esa esfera, aunque su crecimiento pueda estar modelado por el proceso histórico. Esta es la esfera de los intereses humanos, personales —y, en este sentido, la raíz es el hombre.

En la actualidad, la mayoría de los marxistas no ven la necesidad de disecar la vieja izquierda, tal y como se propone en este texto. Siguen mostrándose fieles a la clásica fe de la izquierda que ve en el progreso científico la liberación de la humanidad, si bien admiten que hace falta revisar la doctrina y perfeccionar el método. Esta era mi postura hasta que comencé a publicar *politics*. En el artículo «El futuro de los valores democráticos» (*The Partisan Review*, julio-agosto de 1943), sostenía que el marxismo, en tanto que heredero del liberalismo del siglo XVIII, era el único medio en el que se podía confiar para alcanzar un futuro democrático; sin embargo, mi experiencia como editor de esta revista, y el consecuente deber de seguir de cerca los trágicos acontecimientos de los últimos dos años, me ha hecho progresivamente cambiar de opinión. Ahora creo que las dificultades a las que nos enfrentamos son mucho más profundas de lo que se creen los progresistas, y que la crisis que atravesamos es mucho más grave. La brutalidad y la irracionalidad de las instituciones sociales de Occidente han alcanzado un extremo que habríamos considerado inverosímil hace apenas una generación. Nuestras vidas han acabado por estar sometidas a un tipo de guerra cuya crueldad y amplitud carecen de precedentes en la historia; y los gobiernos de los países más civilizados han perpetrado unas atrocidades que Atila difícilmente habría podido superar: el exterminio nazi del pueblo judío, los vastos campos de trabajos forzados en la Unión Soviética y, por nuestra parte, el bom-

bardeo intensivo de ciudades alemanas y la «atomización» de los habitantes de Hiroshima y Nagasaki —mi rechazo a estos acontecimientos me han llevado a escribir este texto. Y me ha obligado a cuestionar las creencias que, durante tanto tiempo, había sostenido.